Año XXXV — Gijón, 1 de abril de 1947 — Núm. 929

RELIGION Y PATRIA

PERIODICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precios de suscripción: Cada 5 números quincenales, 2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado." (Jesucristo a sus discípulos)

Redacción y Administración: San Bernardo, núm. 131, 1.º GIJON

NUMERO EXTRAORDINARIO

SIGÁMOSLE

Y al siguiente día tampoco se presentó el espectro. Antes al contrario, un soplo de vida nueva, efecto quizás de la llegada de Timón, pareció reanimar a la enferma.

El padre, inquieto por la salud de Anthea, alarmado por las cartas que le escribía Cinna, había dejado a Alejandría anhelando ver otra vez, y temiendo fuese la última, a su hija única.

La esperanza pugnaba por entrar en el alma de Cinna, quien resistíase a acogerla, pues otras veces probó cuán falaz era... No quería volver a esperar.

A veces las visiones que perseguían, que mataban a Anthea habían, igual en Alejandría que en el desierto, cesado un día, pero nunca dos.

Y Cinna, sorprendido, atribuía aquella tregua inesperada a la llegada de Timón, a las impresiones sentidas durante el espectáculo del Gólgota, las que habíanse grabado en grado tal en el ánimo de la enferma, que ni con su padre acertaba a hablar de otra cosa.

Timón la escuchaba en silencio, sin contradecirla, absorto en profundas reflexiones... El sabio anciano sentía vivas ansias de conocer la doctrina del Nazareno. Anthea casi la ignoraba, pues sólo sabía lo poco que aprendiera de labios de Poncio Pilato.

La enferma sentíase mejorada, más fuerte; y pasada la hora nefanda de las visiones, brilló en sus ojos un rayo de la más alegre esperanza.

Repetidas veces calificó de feliz aquel día, y pidióle a su marido lo señalara con piedra blanca.

Y sin embargo, el día era desapacible y triste. Amaneció lloviendo, y persistiendo la lluvia todo el día cayendo fría y pausada. Las nubes de monótono gris obscuro se extendían a flor de tierra vistiéndola de niebla. Al caer la tarde lució en el cielo, purificado por la lluvia, el sol semejante a ígneo globo... Inundó de púrpura y oro las nubes blancas, las rocas grises, los mármoles de las puertas de la ciudad... y lanzando torrentes de luz, circundado de inmensa aureola, hundióse en las olas tranquilas del Mediterráneo.

El siguiente día amaneció hermosísimo.

Amenazaba ser cálido, pero la mañana fué primaveral, el cielo sin mancha... y la tierra, inundada en grado tal de la luz purísima que reflejaba el cielo, que dijérase se había vestido de azul.

Anthea hízose trasladar a la colina para en ella, bajo el tupido ramaje del sicomoro predilecto, poder bañarse de luz, gozar admirando la inmensidad del cielo sin nubes, de la tierra sin nieblas. Cinna y Timón no se separaron un punto de la litera, clavando con persistente curiosidad la mirada en la enferma.

El rostro de Anthea reflejaba la inquietud del que espera, pero no aquel terror mortal que hasta entonces se pintara en él al acercarse el mediodía. En sus ojos palpitaba nueva vida, sus mejillas se teñían del rosado que anuncia juventud...

Y Cinna preguntábase si acaso sería verdad que Anthea hubiese curado.

Y al creerlo posible sentía ansias de caer de rodillas y besar la tierra y llorar de gratitud bendiciendo a los dioses... Pero luego un estremecimiento de terror recorría su cuerpo, y sentía que la sangre se le helaba en las venas al pensar que aquel renacer fuese quizás el último fulgor de la lámpara que se extingue.

Anhelaba conservarla aquella esperanza, y que alguien la trocara en hermosa realidad; y miraba a Timón. Los mismos pensamientos, iguales temores y esperanzas luchaban en el alma del padre, quien fijaba obstinadamente la mirada en tierra.

Y nadie osaba recordar que se avecinaba el mediodía. Cinna a cada momento examinaba la progresiva disminución de la sombra que proyectaban, y con el corazón oprimido veía acercarse la hora crítica, terrible.

Permanecían en la colina inmóviles, silenciosos, cual abandonados a sus vagos temores... Anthea parecía menos inquieta: tendida en la litera descubierta, reclinada la cabeza sobre almohada de púrpura, aspiraba con deliciosa fruición el aire puro que la brisa ligera llevaba de regiones lejanas.

Al mediodía cesó la brisa. Aumentó el calor. Al beso del sol los plantíos de nardo exhalaban delicado aroma, embriagador perfume. Revoloteaban las mariposas sobre floridas anémonas... Pequeños lagartos, habituados a la presencia de aquella litera y de aquellas gentes, salían de las rocas, uno a uno, ardidamente... atentos siempre al menor movimiento. El mundo descansaba sobre el seno de la calma luminoso, brillante, cobijado por el cielo intensamente azul.

Timón y Cinna parecían descansar también, cediendo al influjo de aquella calma enervadora. Y la enferma cerró los ojos... dijérase que dormía... Reinaba imponente silencio, sólo turbado de vez en cuando por los suspiros que agitaban el pecho de Anthea.

Cinna, que no dejaba de mirar la sombra, veíala disminuir paulatinamente, hasta que apenas proyectóse en torno de sus pies.

—¡Mediodía!

Anthea de súbito abre los ojos, y con misteriosa voz le llama:

—¡Cinna!... ¡tu mano!

Cinna tiembla, un estremecimiento de terror recorre su cuerpo. Es la hora de las terribles visiones. Anthea con los ojos desmesuradamente abiertos le dice:

—¿No ves, allá, una luz brillante cual gavilla encendida?... ¡Se agita! ¡deslumbra! ¡se me acerca!...

—¡Anthea, no la mires! le suplica Cinna.

Pero ¡oh prodigio!... El rostro de la enferma no expresa temor. Los labios entreabiertos, los ojos radiantes... y el rostro se inunda de paz, de suprema alegría.

—La columna de luz se me acerca, repetía Anthea.

—¡Le veo! ¡le veo!

¡Es El!... ¡El Nazareno!

¡Sonríe dulcemente!

¡Oh amor misericordiosísimo!

¡Me tiende sus manos ensangrentadas!

¡Cinna, me brinda la salud, la redención!...

¡Me llama!... ¡¡Sigámosle!!

Y Cinna, pálido por la emoción, sólo acertaba a repetir:

—¡Nos llama!... ¡¡Sigámosle!!

Un momento después por el opuesto lado, y avanzando por roqueño sendero que conduce a la ciudad, vieron acercarse a Poncio Pilato. La expresión de su rostro exteriorizaba la emoción que sentía; pero él era sabio, era filósofo, y no podía creer otra cosa sino que aquella noticia era fútil invención del populacho crédulo e ignorante.

De lejos, y enjugándose el sudor que bañaba su frente, les gritó:

—¡Asombraos! Ahora pretenden... ¡que ha resucitado!...

Anthea no oía, no quería oir otras palabras que las de Cinna:

¡Nos llama!... ¡¡SIGÁMOSLE!!

FIN

SIENKIEWICZ

CHARLA

—Don Ramón, don Ramón, espere usted un rato.

—Voy con prisa, don José, a cumplir mis nuevas obligaciones.

—Usted ya no tiene más que derechos. A su edad no debe de trabajar para nadie, sino que todos trabajen para usted.

—Eso era antes, cuando la vida era normal; pero ahora las cosas andan muy revueltas y el mundo ha organizado una nueva vida a la que nos cuesta trabajo adaptarnos pero no tenemos más remedio.

—Pero... ¿se puede saber a dónde va usted con ese lío en la mano?

—Se lo diré al oído, porque como no he podido conseguir aun adaptarme, me da todavía algo de vergüenza.

—¿Pues a dónde va?

—A la compra de la plaza.

—¿Pero es posible que usted y a sus años tenga que hacer esos menesteres.

—Y tan posible. Tampoco lo hubiera creido yo hace años, pero las circunstancias mandan. Y actualmente soy la «doméstica» de mi mujer.

—Entonces la que tenían hace tantos años...

—Nos dejó plantados hace un mes. Dijo que se iba a dedicar a los negocios. Cuando me lo comunicó me quedé asustado, pues no podía comprender a qué clase de negocios se podía dedicar una mujer sin cinco céntimos y sin conocimientos previos, pero ella me explicó, hablándome en voz baja, no sé si porque nadie la oyera a pesar de estar solos en casa o porque le daba aun algo de vergüenza, no sé qué de viajes a León y de reventas que daban mucho dinero.

—Ya comprendo. Al estraperlo en pequeña escala.

—Sí, algo recuerdo de eso, pero de todos modos me pareció todo ello muy anormal y poco claro.

—Y les dejó plantados.

—Y sin carbón en casa, que fué el primer problema que se nos planteó.

—Y usted...

—Pues yo tuve que hacer algo y dejar la butaca y las zapatillas.

—Pero otra muchacha les hubiera podido resolver el problema.

—Eso se hizo en principio. Y aquí empezó nuestro calvario. Desfilaron por nuestra casa niñas más o menos viejas, de todas las edades y colores, unas no volvían al día siguiente, otras se llevaban nuestro racionamiento para casa, algunas desaparecían con nuestras cosas más íntimas.

—Estarían ustedes desesperados.

—Al principio, sí. Había algunas que nos hablaban de autorizaciones eclesiásticas para sisar de la compra de la plaza diaria hasta cinco pesetas. En fin, en un mes he visto un desfile de chicas por mi casa que nos hizo bajar de peso, llenarnos de preocupaciones, quedarnos sin muchas cosas y no estar servidos de ningún modo.

—Y ahora, ¿cómo se arreglan ustedes?

—Adaptándonos, don José, adaptándonos a los «nuevos modos» de vivir. Una sobrinita mía que va mucho por mi casa me dijo que la cruz del matrimonio nunca la habíamos padecido hasta ahora, porque la cruz

no estaba en las contrariedades íntimas del hogar, ni el padecer por los hijos, ni por las apreturas que son muchas. Me dijo ella, como mujer muy experimentada, que la moderna cruz de los matrimonios eran las «domésticas».

—Pero, entonces, ¿usted qué hace ahora?

—Ya le dije antes: adaptarme y cargar con mi cruz. Pero como a mis años me resulta algo pesada he procurado aliviarla.

—Pues no lo veo, pues anda usted de recadista y de compras.

—Es que así voy más aliviado. Voy a la compra, recojo el racionamiento, subo carbón de la carbonera, ayudo algo a la cocina, pongo la mesa y algunas cosillas más que me callo porque aun me da algo de vergüenza; pero espero adaptarme más, es cuestión de tiempo. Por ahora lo llevo mejor que al principio y por lo menos vivimos más tranquilos sin tener que oir a las chicas que desfilan por casa sus condiciones para el servicio, a las que no puedo someterme, por que aquello de la sisa diaria a mi me subleva, vamos, que no lo puedo creer.

—Bien, bien, don Ramón, no le interrumpo, le dejo en sus obligaciones y tomo nota de su lección porque también en mi casa he oido yo algo de eso y por lo que usted me dice, mucho me temo que el mejor día nos encontremos juntos en el mercado discutiendo el precio de las patatas y de las verduras.

—No lo olvide, don José, hay qúe llevarlo con paciencia; es una nueva cruz del matrimonio, que según dice mi sobrinita, y ya voy viendo que tiene razón, es mucho más pesada que las otras que ya sabemos de años atrás.

—Es posible, es posible. Hasta cualquier día en el mercado, don Ramón.

—Va le diré entonces a cómo se cotizan las patatas y alguna cosilla más que ya voy aprendiendo.

X.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Ya está en la cruz Jesús de Nazaret. Ya han conseguido escribas y fariseos llevarle al suplicio para arrancarle la vida. La insidia, la calumnia, el odio. fueron las armas que emplearon para conseguir su objeto. Quien sembró el bien por todos los caminos, tiene clavados sus miembros en el afrentoso madero en cruz.

Los que él curó, aun dejan escuchar sus gritos al rebelarse contra la injusta sentencia. Los que él perdonó, lloran apenados y doloridos. Sus discípulos, tímidamente contemplan anonadados la muerte del Justo. Y escribas y fariseos dirigen a la turba soez para que insulte al crucificado.

Le rodean insultantes y amenazadores, provocando su divinidad y mofándose de su extraordinaria mansedumbre. Pero El, que hizo bien a todos, que predicó el amor entre los hombres, que quiso desterrar el odio de todos los corazones, da su primer grito en la cruz, no para fulminar un rayo de ira contra aquel pueblo indigno de ser salvado, sino para pedir al Eterno Padre perdón para quienes le están agraviando y haciendo mal. Su voz potente se deja oir entre los gritos del populacho:

—«*¡Padre! perdónalos porque no saben lo que hacen*».

Es la oración más extraordinaria que habían oido los humanos. Su última lección de amor había aun de ser recogida antes de expirar produciendo su fruto.

Oigamos las palabras del Buen Ladrón.

.....

El perdón. He ahí una palabra que suaviza las relaciones sociales. Se reciben agravios. Se agrían las amistades. Se enturbian las relaciones humanas; pero el perdón da a las almas el sedante espiritual que vigoriza y nos da esa alegría que nos producen las grandes obras.

Si la ofensa ha sido grave, el perdón es más meritorio, nos produce más bienestar, más placer espiritual. Es difícil olvidar un agravio, pero el perdonarlo es fácil cuando el corazón, influenciado por la fe, nos inclina a ello.

Muchas veces la obcecación motiva la ofensa, pues la mayor parte de las veces hay un error de apreciación o interpretación que lo origina y que sin él no daría lugar a ella, por eso cuando reconozcamos el error en una actitud nuestra procuremos enseguida dar una satisfacción a quien ha sido víctima de nuestra injusticia, rectificando conductas y determinaciones que aunque no hayan llegado al grado de ofensa, han motivado una situación de tirantez absurda.

Es muy corriente la discusión agresiva con motivos sin importancia. Casi siempre creemos tener razón, nunca se nos ocurre pensar que la persona con quien discutimos pueda tenerla y no nosotros. Y lo único que se nos ocurre es llegar al insulto, al desprecio, a la desconsideración, para más tarde, en algunos casos, avergonzarnos de habernos dejado llevar de la ira al darnos cuenta de que la razón era del otro y no nuestra.

En estas discusiones diarias se originan los odios, los rencores, la separación de algunas amistades y pocas veces el perdón, noble, leal, sincero, viene a suavizar la amistad perdida.

Nuestro perdón hará darse cuenta al otro de lo injusto de su proceder y su corazón tendrá que ablandarse ante la lección de afecto que recibe. Aunque mucho tengamos que perdonar, también será mucha la satisfacción que recibamos en ese perdón. En estos últimos tiempos se han recibido agravios mutuos, tremendas injusticias tal vez irreparables, ofensas enormes que el tiempo no podrá borrar de nuestra imaginación; pero el amor debe de suavizar esos recuerdos y las palabras de perdón deben de salir de nuestros labios aunque al pronunciarlas nuestros ojos se enturbien al recuerdo de un ser querido que ofreció su vida en aras de un ideal, víctima de la injusticia de los hombres.

¡Perdón! en nuestras conciencias a los agravios recibidos. ¡Perdón! desde el altar de nuestro sacrificio. ¡Perdón! desde la misma cruz en la que padecemos a veces pecados que no fueron nuestros.

Nuestro perdón también será escuchado por quienes nos ofenden y agravian y tal vez nuestro sacrificio de amor llegue hasta sus corazones para arrancarles una lágrima de arrepentimiento y una petición misericordiosa, como la oyó Jesús de Nazaret al Buen Ladrón que agonizaba con El en la cumbre del Calvario.

.....

El Buen Ladrón escuchó la oración del crucificado. Le pareció tan extraordinaria su palabra de amor que trocó su corazón en un momento. Sus lágrimas nublaban la vista; pero con todas las fuerzas que le restaban, Dimas, confiesa públicamente su arrepentimiento y sus pecados y pide piedad a Aquel hombre a quien considera Dios, rogándole no le olvide cuando llegare a su reino.

Jesús de Nazaret, continuaba desde la cruz evangelizando a los hombres. Acaba de realizar una conversión de un hombre perverso con sólo sus palabras de perdón.

Su corazón, lleno siempre de misericordia, le promete con cariño:

—«*En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.*»

R.

LA JUSTICIA EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS

La historia nos ha legado en sus páginas las monstruosidades que los pueblos antiguos establecían como normas de su justicia.

Los jurisconsultos de hoy se sonrojan ante la arbitrariedad de los gobernantes de aquellas épocas, cuya voluntad o capricho era la ley suprema. Lo justo era aquello que beneficiaba a quien tenía autoridad para obligar. Lo injusto era todo aquello que podía perjudicar su prestigio. Durante todas las dominaciones la justicia casi siempre iba separada de las leyes que la conciencia humana y la recta razón establecía como lo equitativo y lo lógico. Por eso vemos a los reyes y gobernantes de todos aquellos tiempos dictar normas de justicia basadas en principios injustos.

Los reyes vencedores en las guerras exterminaban a sus vencidos llevándose en esclavitud a los reyes humillados como trofeo de triunfo. El débil era oprimido. La mujer sin consideración alguna tratada, ni respetada por las leyes. Los derechos no se reconocían y el arbitrio del poderoso era ley.

El derecho internacional desconocido por todos, sólo tenía alguna vida en las relaciones comerciales entre los pueblos. Aceptándolo simplemente por propia conveniencia.

La civilización cristiana, basada en los principios establecidos por Cristo, vino a suavizar aquella injusta manera de vivir los hombres y los pueblos y estableció principios jurídicos que todas las legislaciones han ido estableciendo. La mujer considerada en igualdad de derechos como ser humano, la justicia amparando al débil contra el fuerte, los derechos humanos respetados, y los Códigos garantizando a sus ciudadanos contra los atropellos del poderoso y la independencia de los tribunales garantizando a todos contra la injusticia y el error.

Los tiempos van evolucionando otra vez hacia la barbarie. El apartamiento de los principios cristianos lleva a los pueblos y a los gobernantes hacia aquellos tiempos primitivos en que lo justo e injusto era el capricho de un hombre o de un pueblo que desbordando a sus mismos gobiernos se lanza al salvaje atropello de todo lo que significa un freno a sus apetitos inmorales. La historia de los últimos años, vuelve a repetir las mismas escenas de otros tiempos de escasa civilización.

Se descristianizó al pueblo y hoy la autoridad en medio del arroyo es escarnecida volviendo a entronizar la injusticia y la arbitrariedad como norma de vida entre los hombres y los pueblos.

¡Quiera Dios que los países que lo padecen comprendan el caos hacia donde caminan y sepan encontrar de nuevo los cauces para su salvación!

J.

VIA-CRUCIS

Sonetos originales de

HERMENEGILDO RODRIGUEZ

PRIMERA ESTACION

Jesús condenado a muerte

Yo que fuí el pecador, he sido el Juez
que, pecando, mi culpa en Ti he juzgado;
responsable te hice del pecado
con que yo te ofendí, con altivez.
¿Qué merecen mi culpa y mi doblez?
¡Pena de muerte! ¡Así te he sentenciado!
Con tu muerte yo quedo perdonado
y se borra mi falta torpe y soez.
¿Qué se iba a esperar de mi justicia
si soy hombre y soy ruín, de Ti reniego
y gozo con tu pena y tu disgusto?
¡Olvídate, Señor, de mi injusticia,
y a mi arrepentimiento no seas ciego,
pues sabes perdonar y eres tan justo.

SEGUNDA ESTACION

Jesús con la Cruz a cuestas

Yo te regalo, oh Dios, este madero
cruzado de las culpas de mi vida;
cárgalo sobre tu hombro, aunque te impida
su peso caminar por el sendero.
Pesa; mas Tú lo arrastras altanero.
¡Cómo no va a pesar si es la deicida
carga de mis pecados desmedida,
la que cargo en tus hombros traicionero!
Toma tu Cruz, y sigue peregrino,
que de su peso libras a mi brazo
que fué quien la labró en su desatino.
Corre con ella, que ya expira el plazo
para que el ansia de tu amor divino
clave tus manos en eterno abrazo.

TERCERA ESTACION

Primera caída de Jesús

Tan grande fué mi culpa, que a su peso
tu cuerpo se dobló y en tierra diste;
Tú, que ya lo sabías, admitiste
la cruz de aquél pecado que hoy confieso.
Y el suelo te amparó; y fué un exceso
del amor de la Tierra, en la que viste
más amor que en el hombre; allí sentiste,
aliviar tu pasión con embeleso.
Te abrazas a la tierra que creaste
y se te ofrece de tu cuerpo alfombra,
y, a pesar de su afán, no descansaste.
El mismo Infierno, que jamás se asombra,
ve el cansancio en el peso que aceptaste:
el peso de la Cruz te daba sombra.

CUARTA ESTACION

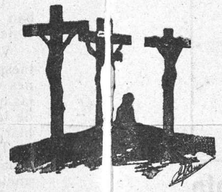
Jesús encuentra a su Madre

Remanso en el camino de la pena;
oasis del corazón que sufre y llora,
caminas con tu Cruz en esa hora
que de llanto y de amor estaba llena.
Sigues con esa Cruz que te enajena,
de la ansiedad de amor abrasadora,
y encuentras a tu Madre, que te adora
y contigo padece tu condena.
Te alivia el corazón por un instante,
ya que enfrente de Ti un cariño viste
en la aridez de una región desierta.
Y sigues con tu carga vacilante...
Tú, a su sola presencia reviviste,
mas ella, a tu presencia, quedó muerta.

QUINTA ESTACION

El Cirineo lleva la Cruz de Cristo

Es excesivo el peso de esa carga
que te oprime los hombros, y deseo,
ya que la culpa es mía, ser yo el reo
que te ayude a llevar la Cruz amarga.
Es mucho el peso; y la distancia es larga,
mas, si me dejas ser tu Cirineo,
todo mi amor y mi ansia en Ti la empleo,
y servirá a tus hombros de descarga.
Yo, que mi culpa sobre Ti he cargado,
y que en vez de acusado juez he sido,
y no me condené y te he condenado,
Déjame que hoy que lloro arrepentido,
de tus hombros recoja mi pecado;
y cargue con la Cruz que he merecido.



SEXTA ESTACION

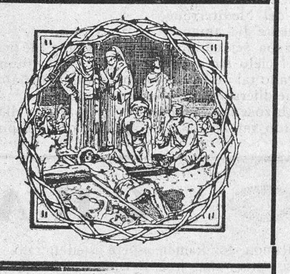
Verónica seca el santo sudor

Yo fuí la causa del sudor copioso
que tu rostro divino moja y baña;
dichosa la Verónica, que empaña
en su lienzo tu llanto doloroso.
¡Gran premio a su virtud, que Tú, amoroso,
dejas tu faz al paño que restaña
la cruel herida que tu rostro daña,
como recuerdo de tu amor hermoso!
¡Oh Dios! ¡Yo me arrepiento del pecado
del que te hice culpable, y hoy quisiera
con el lienzo de mi alma consolarte!
Te quisiera secar, porque grabado
tu rostro en ella, desde hoy siguiera,
para poder, hasta morir, mirarte.

SEPTIMA ESTACION

Segunda caída de Jesús

¡Otra vez en el suelo! ¿Tanto pesa
esa cruz de mi culpa, que te abate?
¿Soy yo tan pecador que te maltrate
con odio tal en la maldita empresa?
¡Yo te empujo y te tiro! ¡Es tan aviesa
la maldad negra que en mi pecho late,
que tu sufrir me sirve de acicate,
y mi odio crece y mi pasión no cesa.
¡Divino caminar arrodillado
al peso de mi falta y mi pecado!
¡Yo te empujé cuando pecaba loco!
Y hoy que quiero cogerte, a más que intento,
no poderte ayudar es mi tormento.
¡Yo no te puedo alzar; valgo tan poco!...



OCTAVA E STACION

Consuelo de Jesús a las Santas Mujeres

Débil por el trabajo que emprendiste,
tuviste arrestos, y tu boca ansiosa
de cumplir la promesa valerosa,
fué a consolar, una vez más, al triste.
A unas mujeres que gemían viste
llorar por Ti, y a su bondad piadosa
respondes que esa pena cariñosa
la sientan por sus hijos, les dijiste.
Yo quisiera sentir con ansia loca
el eco majestuoso de esa boca
que sufriendo una pena da consuelo.
Yo quisiera oir tu voz, mas, si la oyera
solamente un instante, no quisiera
dejar de oirla, que es quedar sin cielo.

DECIMA ES STACION

Es desnuda do Jesús

Ya no tienes que dar, y tu vestido
te arrebatan mis manos pecadoras.
Inútil que te mire y veas que lloras;
inútil ya que escuche tu gemido.
Mi corazón, desnudo de sentido,
ciego y sordo a tu angustia a todas horas,
mis dos manos movió profanadoras,
y por mí tu pudor sente herido.
Horrible tentación; maldad aguda
que en mí vino a alentar tanta bajeza.
El mismo Infierno con tesón me ayuda
a cometer la sin igual vileza
de, en el monte, a la luz, dejar desnuda
la excelsa magnitud de tu pureza.

DECIMA TERCE RA ESTACION

Cristo muerto en el regazo materno

Ya fué la Redención. Ya mi pecado,
aquella falta torpe y caprichosa,
quedó pendiente de la Cruz gloriosa
en el cuerpo de Dios crucificado.
Mas lo quitan de allí, y depositado
en brazos de su Madre Dolorosa,
aquél cuerpo yacente, es la amorosa
garantía de haberme perdonado.
Madre de la Piedad: Tú que le amparas
aun muerto como está, hoy a Ti acudo
yo que, si con tu Hijo me comparas,
tal diferencia encontrarás, por suerte,
que apiadada de mí, María, no dudo
me otorgues tu favor hasta la muerte.

UNDECIMA ESTACION

Jesús es clavado en la Cruz

Y en mi furor, cometo otro pecado,
y un clavo te sujeta un pie al madero;
peco otra vez con triste desafuero,
y el otro pie a la Cruz se ve clavado.
Y dos pecados más, han taladrado
tus suaves manos con mortal acero,
y te tengo en la Cruz mi prisionero,
ya que tu Padre y Dios te ha abandonado.
Poco tiempo le resta a mi venganza;
agotada ya toda tu esperanza,
de tu vida llegó el último aliento.
Y en una agitación de tu alma ansiosa,
aun sabe perdonar tu voz hermosa;
siete palabras son tu testamento.

NOVENA ESTACION

Tercera caída de Jesús

Y sigue el peso que te abruma tanto
y en tristes agonías acibara
las dulces palideces de tu cara
y el débil peso de tu cuerpo santo.
Otra vez te empujé, y el sacrosanto
madero que en tus hombros se acostara,
te hunde en los suelos, y la tierra ampara
tus penas, tus congojas y tu llanto.
Me empeño en empujarte, y Tú te empeñas
en dar al suelo tus divinas señas;
insistes en sufrir, yo en afrentarte.
Insistes en caer, yo en agraviarte.
Humana terquedad mía en la audacia;
y tuya, al caer, divina contumacia.

DUODECIMA ESTACION

Jesús muere en la Cruz

Luego, cesó la luz, y fué sumida
toda la vida inerte en la penumbra,
y es la Cruz la que clara nos alumbra
en el monte la escena decida.
Tiembla toda la tierra, y aturdida,
que a la muerte de Dios no se acostumbra,
abriendo sus sepulcros, nos deslumbra,
devolviendo sus muertos a la vida.
¿Qué es este caos que fatal se advierte?
¿Qué es esto que desmiente toda ciencia,
contrario a toda ley, toda experiencia?
¿Por qué esta conmoción tan rara y fuerte?
Porque logró, al morir, la Omnipotencia
de Dios, vencer sobre la misma muerte.

DECIMA CUARTA ESTACION

Es sepultado Jesús

La tierra con amor abrió su seno
y del cuerpo de Cristo es relicario:
El fin de la tragedia del Calvario
donde triunfó en su Cruz el Nazareno.
En ella sepultado está el Dios Bueno,
cubierto con el lienzo de un sudario,
y aquella tierra, fué el primer sagrario
por la primera Eucaristía lleno.
Yo que te condené siendo el culpable,
y que de Ti el perdón he recibido,
quisiera ser sepulcro confortable
con el calor que al ave brinda el nido,
para poder gozar del inefable
y eterno edén que tienes prometido.

COMENTANDO

CUATRO MOÑINOS

El arte español siempre se distinguió por su ingenio. Esto va unido al carácter de la raza, que nos imprime ese no sé qué, que nos hierve dentro de la sangre sandunga que tenemos. Puede el inglés ser humorista (cosa que habría que discutir largamente), y puede el francés ser punzante y zumbón, y puede el alemán ser alegremente soso, y puede el yanqui ser todo lo flemático que se quiera, pero el español, por encima de todo, es ingenioso y dado a la caricatura completa y bien terminada.

Y como nuestros imagineros del siglo XVII eran españoles hasta la médula, resulta que, en sus esculturas, fueron humoristas a la española y caricaturistas de puro estilo español. ¡Viva España, que aún en cosas tan serias como son los «Pasos» de una Semana Santa, supo imprimir ese carácter y ese espíritu de raza! ¡Viva el casticismo!

Nosotros, en Gijón, teníamos (y lástima no podamos decir que aún tenemos) una muestra fina de ese humorismo caricaturesco español. Francisco de Borja, el famosísimo imaginero que se encargara de tallar los «Pasos» de «La Coronación» y de «La Flagelación», fué el encargado de demostrarnos que se puede sentir lo altamente espiritual dentro de la caricatura.

En el primero de los «Pasos» citados, había una figura verdaderamente grotesca, que representaba a un sayón haciendo burla al Redentor. Estaba arrodillado sobre las losas del pavimento, con sus manos en ademán de la más refinada burla, con su boca entreabierta en una sonrisa babosa y estúpida, bribona y descarnada de analfabeto mal intencionado, y con su cabeza, monda y lironda de pelos, adornada por cuatro moños ridículos y asquerosos, que combinaban muy bien con la exagerada bizquera de sus dos ojos de distinto color. Este, era Cuatro Moñinos. La caricatura de la maldad infernal de los judíos, vista por el espíritu del arte español. El alma del pecado retratada por el fotógrafo de la escultura.

Nada más espiritual que aquella figura rastrera, en la que estaba pintado todo el carácter torpe y nauseabundo de los pillastres de aquella época. Ver la cara de aquel sayón, era adentrarse en los más recónditos rincones de su alma y averiguar los más torpes de sus pensamientos y de sus maldades. Aquellos moños eran el sumum de la expresión del mal, y a ellos fue dirigida en mil ocasiones la furia del pueblo sano. En aquellos entonces había pueblo sano.

Hay un cantar asturiano que dice que «el aldeano tiró, tiró la piedra». En Gijón, y a la vista de semejante figura de la Pasión, muchos de la villa se sintieron aldeanos y tiraron la piedra. Así estaba de estropeada aquella deforme cabeza de Lucifer vestido de sayón, con la sonrisa del diablo en la boca y la burla de las burlas en sus cuatro moños.

HERO.

Jeroglífico núm. 34, por Morán

NOTA
ATON
100 o 50 o 100 o
1
1

O

¿Por fin puso tu hermano los baúles en el coche?

"RELIGIÓN Y PATRIA"

Periódico católico de propaganda

SUSCRIPCION: Cada CINCO ejemplares quincenales, DOS PESETAS AL MES

Los suscriptores que lo deseen, pueden enviarnos la dirección de alguna persona a quien quieran favorecer con la lectura de éste periódico, para, mediante el pago de CINCO PESETAS ANUALES, enviarle desde esta Administración UN ejemplar quincenalmente.

Son muchos los que nos solicitan el envío gratuito de algún ejemplar, pero a todos no podemos atender por dificultades económicas.

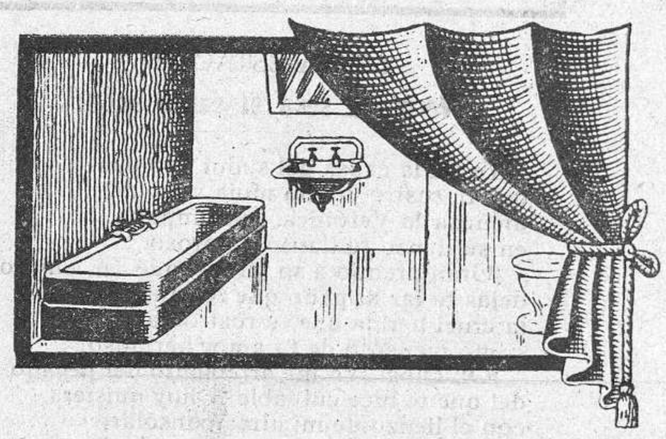
Los lectores y suscriptores pueden favorecer esta propaganda.

Arbué

Materiales de Saneamiento y Construcción

Cuartos de baño, Cocinas, etc.

Alvarez Garaya, 25
Teléfono 1817
GIJON



Ornamentación Religiosa Artística
Talleres de Escultura, Talla y Dorado
DE
José Romero Tena e Hijo
Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.
Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6 (Junto a la Plaza de la Virgen) VALENCIA

César A. Prieto
PINTOR
Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.
Av. del Molinón, 2 - Tel. 3115
GIJON

Materiales de Construcción
Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones
RUPERTO RIVERO MORAN
Covadonga, 27 - Teléfono 1817 - GIJON

Conservas
Ojeda
Gijón

Jueves y Viernes Santo
Visite la EXPOSICION de
Regalos propios de Pascua
Optica Covadonga
San Bernardo, 37 GIJON

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA
Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados
Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
DE
Feliciano Rodríguez
Fundada en 1874
La más antigua de la provincia
Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA
y selectos para mesa
AGUSTIN SERRANO
COSECHERO
MANZANARES
Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA
Vda. de Melchor Osorio
Relojes, joyas y artículos para regalo
Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA
J. A. M. S. A.
PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES
Corrida, 81 GIJON Moros, 56

López de Haro, S. A.
Armadores y Consignatarios de Buques
Agencia de Aduanas - Remolques - Aguadas
Maderas de todas clases del País y Extranjeras
Agentes de NAVIERA Y AZNAR, S. A.
E
IBARRA y Cª S. en C.
Líneas de Cabotaje y América
Direcciones: Langreo, 2 y 4 - 1.º
Postal: Apartado 71
Telegráfica: HARO
Teléfonos 1800 - 8 líneas
Claves A. B. C. 5.ª y 6.ª edición
GIJON

La CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS
Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.
CASA INFANTIL COVADONGA
Pola de Gordón (León)

Ferretería
Gregorio Alonso
S. A.
Oficinas: Premio Real y Molino
Detall: SAN BERNARDO, 59-61
GIJON

Imp. LA VERSAL.—Gijón